

**Elena Tejero García**  
***La Marieugenia***

Se trataba de una muchacha apacible, de aficiones comunes y placeres discretos. Día a día, se entretenía descubriendo los matices de su carácter, y desgranaba los detalles de sus vivencias con el fin de conocerse mejor. Siempre había pensado que el alma humana es como una piedra preciosa, que al nacer se presenta plagada de brutas aristas. Habitualmente se decía que era responsabilidad de cada uno pulir sus propias imperfecciones, para conocer la personalidad latente, su verdad esculpida.

Gustaba del silencio, de meditar y de vivir en solitario. Sin embargo, hoy se sentía más debilitada y vulnerable a la ausencia de compañía. A pesar de su juventud, a menudo tendía a sobreestimar su capacidad de autosuficiencia y fortaleza. Sin conocer la razón, se consideraba ilógicamente casi inmortal e inmune a los padecimientos físicos de la gente corriente. Por ello, la negación inicial de su realidad, había dado paso a la cólera contra sus limitantes y cautivas consecuencias.

Como la fiebre había debutado, decidió darse un baño tibio para refrescar su piel y aliviar sus doloridos músculos. Mientras se enjabonaba, había sufrido un mareo debido a un acceso de tos y, para evitar los riesgos de la posible inconsciencia, había optado por sentarse sobre el plato de ducha.

Las delicadas gotas caían sobre su cuerpo acurrucado, acariciando su pálido rostro, uniéndose, tras unos instantes de estupor, a las indefensas lágrimas que se derramaron de sus ojos. «Estoy sola. Abandonada». Sentía una profunda certeza de desamparo y desahucio. La abismal desesperanza del vacío de alma, como ella lo llamaba. «Nadie vendrá a ayudarme. Nadie puede tampoco».

Soltado el llanto y aun temblorosa, consiguió incorporarse y alcanzar una toalla para recuperar la dignidad. A tientas, cruzó la puerta del baño en dirección a su dormitorio. Y a pesar del malestar, al tumbarse en la cama se sorprendió divertida pensando en el reguero intolerable de agua que la había acompañado, como un rastro de miseria, y que estaba empapando el suelo y las sábanas. Sin ánimo para vestirse, permaneció así, desnuda, inmóvil, inerme. El móvil comenzó a sonar. «La Marieugenia...»

—Cariño, ¿qué tal has amanecido hoy?—preguntó su madre, alegre y enérgica.

«Está preocupada», adivinó la joven. Los últimos cinco días se habían llamado con frecuencia. Y en cada ocasión, la chica daba rienda suelta a su frustración, extendiéndose en sus desahogos y vanagloriando sus angustias. Como una esclusa, la Marieugenia representaba la única compuerta hacia su alivio psicológico, su más sincero apoyo.

Su madre encajaba estoica todos sus pesares, transformándolos en frases de aliento y útiles consejos. Nunca perdía su característica serenidad, e inspiraba un optimismo infinito. Sin embargo, la joven reconocía que estaba abusando de aquella resistencia; obviamente su madre se estaba esforzando por mantener la templanza, aun intranquila por la salud de su retoño y torturada por no poder cuidarla en persona.

—Me encuentro mucho mejor, mamá— mintió la hija. A pesar del intento por parecer animada, su voz sonaba quebrada y su respiración fatigosa.

— ¿Seguro?— insistió la madre, con dulzura.

«No soy capaz de engañarla», pensó la muchacha. Nunca había podido. La Marieugenia tenía el don de la omnisciencia. Si concernía a su pequeña, podía interpretar certera cada expresión y cada gesto; tanto así, que a menudo predecía el comportamiento de la niña y los efectos de sus acostumbrados cambios de decisión.

Sirviéndose de sus poderes de meiga, orientaba respetuosa el caminar vital de su hija por las laderas escarpadas o los prados floridos que ella quisiera transitar. Escondida tras los álamos, vigilaba silente el viaje, dispuesta a ayudar solo si era requerida.

Se instauró un silencio prolongado. La muchacha, colmada, luchaba por no resquebrajarse.

—Lo sé —dijo compasiva su madre. —Comprendo que está siendo duro, y que deseas salir a la calle.

Acto seguido la presa se abrió, y el llanto de la hija se desbordó sin medida. Los caudalosos minutos se sucedían sin prisa. La madre, sosteniendo paciente el teléfono, lloraba por dentro lo que su apéndice por fuera, sintiendo crudamente su dolor como propio.

En esos instantes, mientras de la joven brotaban sus tristezas, la Marieugenia se miró la mano libre y sus pies desnudos. «Carne de mi carne», cavilaba. Aunque la artrosis había hecho mella sobre sus ahora deformados dedos, madre e hija compartían la forma de estas extremidades.

Desde que descubrieran la similitud; este hecho se había convertido en una broma entre ellas, una prueba de identidad y una demostración de complicidad maternofilial. Fue por casualidad, una mañana del verano anterior.

Su hija, tal y como venía haciendo desde niña, escapaba de su cuarto nada más despertar y según despuntaba el perezoso sol de los días de asueto. Compartiendo la madrugada, se despedía de su padre con un afectuoso beso antes de que este partiera hacia el trabajo. Y como una cariñosa lagartija, se escurría en el lecho matrimonial para remolonear junto a su madre, aun somnolienta.

Fue en el transcurso de uno de esos momentos, cuando la Marieugenia, observando los cuatro pies dispuestos en hilera y ya liberados de la ropa de cama, se percató de la semejanza. Tan parecidos eran entre sí, que cuando su hija comenzó a mover los suyos, dudó de qué pie era de quién, experimentando un breve momento de confusión que desembocó después en una carcajada de incredulidad. Entre risas y confidencias, ambas atrasaban la hora del desayuno, aprovechando estas ocasiones para ponerse al día de sus vidas.

El recuerdo dibujó una tierna sonrisa en los labios de la madre, devolviéndole la solidez:

—Mi niña bonita, ya está bien. Deja los lamentos. —susurró afable— A fin de cuentas, has superado la mitad del tiempo impuesto. Además estoy convencida de que te encuentras fuera de peligro. Tienes que distraerte.

—Sí, tienes razón— respondió la hija, recuperando la tranquilidad. Mientras se incorporaba en la cama, comenzó a pensar en cómo podría mantener la mente ocupada. Miró a su alrededor, deteniéndose en una pila de libros sobre la mesilla de noche. «Mientras la tierra gira», leyó en voz baja. «Muy propio», se dijo jocosa.

— ¿Por qué no lees?— preguntó la Marieugenia.

«Bruja y telépata», pensó la joven, entusiasmada.

— Pues, es muy buena idea— añadió simplemente.— Muchas gracias, por todo.

—Aquí siempre. Y, ten paciencia. Reflexiona en lo que siempre te digo: «Aún eres hojita en el río, tienes que ser nenúfar en el estanque».

—Claro— contestó la hija risueña. —Un abrazo, mamá. Luego hablamos otro rato.

—Un beso, mi vida.

Nada más colgar, la muchacha se vistió y arregló el desorden, revigorizada. Acto seguido, cogió el libro y se dirigió al salón. Cumpliendo con su ritual, se sentó en

el sofá, en su esquina predilecta. Se tapó con su vieja manta de lana tejida a mano, y encendiendo la luz del flexo, se entregó a la paz de la lectura.

Escogió uno de los cuentos recopilados, al azar. Y saboreó cada vocablo con mayor intensidad que su última comida, disfrutando de la compañía de la palabra escrita hasta el final del relato. Cerró sus párpados entonces, consagrándose esta vez a la meditación de lo leído.

«Qué especial debe de ser convertirse en madre». Ella aún no lo era, y aunque tampoco fue nunca un sueño recurrente, siempre supo que le gustaría gozar de esa experiencia. Consideraba que la plena entrega, y la exposición vulnerable de todo tu ser, era solo justa cuando tu hijo era el beneficiario. «Qué prodigioso ser madre y mujer». Como su propia madre.

Como la Marieugenia, personaje obligado a adaptarse al guion social de su tiempo. Resiliente a los maltratos de lo acostumbrado, y de férrea voluntad. Cobijo ante las tormentas, de fuego sus raíces y robustas sus lealtades. En más de una ocasión, desvalorizada en sus dones o relegada a un papel secundario por mentes patriarcales. «Nuestra civilización es espartana», rumiaba la chica. La fragilidad se ahoga y la competitividad arraiga incluso en ámbitos sentimentales.

Inmersa en su circunloquio y con la mirada perdida, la muchacha reparó en la fotografía del mueble de la entrada a su casa. En la imagen, se presentaba una pelirroja y joven Marieugenia cargando a su bebé de dos años. El marco, orientado hacia la puerta. La vista protectora y centinela de la madre, dirigida hacia todo aquel que cruce el umbral, para que ningún mal penetre sin permiso.

«Para mí, única», pensaba la muchacha. «Para mí, protagonista».